

á quien ama y adora con ardiente y sagrada ternura; es un Niño.....; mas ¿por qué no dejar que los ojos derramen su llanto? Nuestra Madre envuelve al Niño, lo estrecha en su seno, lo cubre de besos, solloza doliente y desahoga su pecho. Que lleve á Jesús; mas ya sabe María que á su tiempo tendrá que entregarlo á la muerte; que los brazos que hoy cargan á ese Niño, tan puro y hermoso, un día sostendrán su cuerpo sin vida y cubierto de sangre.

¡Oh, hermosa y tierna Madre! ¿Por qué suspiras con tan honda pena? ¿No tienes contigo al que es el gozo de los ángeles, al que causa todas tus delicias? Has visto en el confín del horizonte la fúnebre colina del Calvario, y tu corazón de Madre quedó despedazado; bajaste la cabeza, y tus miradas se encontraron con las de Jesús, que, tierno y amoroso, veía la pena que sufrías; lo contemplaste tan amable y agraciado, y volvió á llorar tu corazón. Y, con todo, humilde y resignada, bendijiste y adoraste la voluntad santísima de Dios. Á tu ejemplo, tus hijos queremos, Niña hermosa, sacrificar al Señor lo más querido que tenga el corazón; recibir de su mano soberana, con agrado y rendimiento, cuanto Su Majestad quiera darnos: lo dulce y lo amargo, la enfermedad ó la salud, la vida ó la muerte. Mas, Tú lo sabes perfectamente, somos hombres miserables que, en la prosperidad, tantas veces olvidamos al Señor, y en la prueba, también desfallecemos. Auxílianos, Señora, y haz que sigamos tus pisadas con fervor y constancia todos los días de nuestra vida, para obtener por fin estar siempre

contigo cantando tus divinas alabanzas en el cielo.

CAPÍTULO IX.

EL DESTIERRO Y LA VUELTA Á LA PATRIA.

§ I.



UN ángel del Señor apareció en sueños á José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise. Porque Herodes ha de buscar al Niño para matarlo.» Levantándose José, tomó al Niño y á su Madre, de noche, y se retiró á Egipto, donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes; de suerte que se cumplió lo que dijo el Señor por boca del Profeta: «Yo llamé de Egipto á mi Hijo.» Entretanto, Herodes, viéndose burlado de los Magos, se irritó sobremanera, y mandó matar á todos los niños que había en Belén y en toda su comarca, de dos años abajo (1).

¿Cuál sería el despertar de esa doncella, nuestra Niña, la Madre de Jesús, al oír la voz temblorosa de José que le anunciaba la partida al Egipto, descubriéndola cuanto el ángel le había dicho? Ella, que dormía tranquilamente junto al Hijo de su amor, á quien un tirano buscaría para

(1) Matth., II, 13, 16.

matar. La espada de Simeón empieza á hundirse en su seno virginal. Un momento sus ojos contemplan á Jesús, que está dormido, más bello que los ángeles. ¡Cómo esa Madre ha de turbar el sueño del Dios Niño! Y, sin embargo, es necesario despertarle. María le adora, le acaricia, le envuélve y le toma en sus brazos; está dispuesta á partir. Generosa y resignada cual mujer ninguna, obedece prontamente las órdenes del cielo.

Contemplemos un momento esta humilde caravana: José, María, Jesús.... El hombre de la confianza del Señor, la Señora y Reina del universo, el Dios del sufrimiento y las humillaciones. José, lleno de la fortaleza que sólo Dios nos puede dar, va delante por el camino del desierto; María le sigue afable y cariñosa, cumpliendo sumisa la voluntad de Dios; el Niño, finalmente, descansando en brazos de su Madre.

Mas antes de seguir por el camino del desierto, veamos las causas de la fuga de Jesús al Egipto.

Desde luego conocemos que no son la necesidad ni los temores los que le hacen salir de su patria. ¿Qué temores podrían ser los del Hijo de Dios, que tenía para su custodia y á sus órdenes todos los ángeles del cielo? Hay, pues, un gran misterio en esa fuga (1); hagamos por aclararlo.

La huída del Niño Jesús nos descubre la verdad de la naturaleza humana que ha tomado por nosotros. Si para evitar la persecución de Herodes hubiera extendido el poder de su brazo, ya bien haciéndose invisible, ú obrando prodigios que

(1) D. Chrysol., Ser. 150.

hicieran á los hombres doblar la rodilla delante de su cuna, tal vez el hombre habría rehusado creer que Jesús verdaderamente había tomado nuestra carne. Si aun después de habernos dado tantas pruebas de su Encarnación, hay quien niegue este misterio de piedad y gracia, ¿qué sería si sólo viéramos en torno del Divino Niño la gloria y el poder? (1). Y el mundo, sin la fe del Hombre Dios, estaría perdido. No creer en Dios, que se ha hecho hombre por salvarnos, es negar al corazón las más puras y vivas emociones de ternura; secar la fuente del amor; quitar la vida. ¡Ah! ¡Cuán ingrato es consigo mismo el hombre que no recibe este gran misterio! No comprende que Dios es grande y rico en el poder y la clemencia; que se llama nuestro Padre, y sus entrañas están llenas de misericordia. Al contrario, los cristianos jamás pensamos en la Encarnación del Hijo del Eterno sin sentir el alma rebosando de ternura, por lo cual todo lo que el Evangelio nos revela sobre este punto es para nosotros una fuente de purísimo consuelo.

Huid, por tanto, Divino Salvador, huid al Egipto, para que conozca el mundo que sois hombre; y los que en Ti hemos creído siempre, sigamos descubriendo las riquezas de bondad y amor que atesoras en el misterio de la Divina Encarnación.

Jesús había venido á redimir el mundo con su pasión y muerte; ¿por qué, pues, cuando la espada se levanta sobre el cuello de los inocentes

(1) D. Chrysost., Hom. VIII, in Matth.

huye al Egipto? Estaba escrito de este Niño: «No cocerás el cordero en la leche de su madre» (1). Esto es, cuando todavía está mamando (2); dándose á entender por esto, que Jesús no sería muerto ni por Herodes, ni por los judíos, mientras estaba en brazos de la hermosa Virgen (3). Esperad un poco, y veréis cómo El mismo se entrega en manos de los pecadores; cuando sea grande, después que haya obrado estupendas maravillas, descubriendo su poder, al cual nada resiste; entonces esa ofrenda voluntaria de su vida nos probará la grandeza de su amor. Si, pues, huye, es nuestro amor quien lo lleva al Egipto, no el temor de Herodes (4).

El Señor había venido del cielo á enseñarnos con su ejemplo el camino de Dios; mas si hubiese sido envuelto en la matanza de los inocentes, no habríamos recibido las lecciones de virtud que nos dió durante su vida mortal (5). Carecer de los ejemplos de Jesús sería para nosotros penosísimo. ¿No son éstos, por ventura, los que nos llevan de la mano por las sendas del Señor? Siéntese el alma llena de fortaleza y alegría cuando recuerda que Jesús padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que siguiésemos sus pisadas (6). Al caminar en pos de nuestro Amado, ¿no pudiéramos decir:

(1) Exod., XXIII, 19.

(2) Sá., Cornel, Amat.

(3) D. Aug., q. XC.

(4) D. Fulg., Serm. de Epiph.

(5) D. Paschas., hic.

(6) I Petri, II, 21.

La tierra por donde viajamos, es santa? Aun descubrimos en su polvo las huellas del Señor, que nunca llegan á borrarse para quien lo ama.

El Señor no se arrepiente de sus dones (1); acaba Su Majestad de entregar su propio Hijo en brazos de María: ¿fuera dable que tan pronto quisiese separarlo de su seno? Pues qué, ¿no había sido dignamente prevenida para recibirlo, y después de esto, no había correspondido á la divina gracia con admirable y perfecta santidad? «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres» (2), había dicho el Señor; más apenas comienza á gustar las que le ofrece el sagrado pecho de María, Jesús acaba, por decirlo así, de oír la voz de su Amada, que le dice: «Venga mi Amado á su huerto, y coma del fruto de sus manzanos»; y de contestarle: «He venido á mi huerto, hermana mía, esposa; he cogido mi mirra con mis aromas; he comido mi panal con mi miel; he bebido mi vino con mi leche.» Mas aun no se dirige á nosotros, diciendo: «Comed vosotros, ¡oh amigos! y bebed, carísimos, hasta saciaros» (3). No era, pues, llegado entonces el tiempo en que Jesús debía ser entregado en manos de sus enemigos.

Jesús se dormía dulcemente en el seno de su Santa Madre: ¿cómo despertarlo? Su Majestad había dicho, hablando de su Esposa: «¡Oh hijas de Jerusalén, os conjuro por las corzas y ciervos de los campos, que no despertéis, ni interrumpáis el

(1) Rom., XI, 29. Glossa et Sá., hic.

(2) Prov., VIII, 31.

(3) Cant., V, 1.

sueño de mi amada, hasta que sea su voluntad!» (1). Y ¿podría alguno, no ya interrumpir el sueño de Jesús, si que también arrancarlo para siempre al seno de su Madre? Por esto, antes que tal cosa llegue á suceder, ordena Dios que la Familia Santa pase á Egipto.

¡Ir al Egipto! ¿No era, por ventura, esa tierra en la que en otro tiempo había sufrido tanto el pueblo del Señor? «Yo he oído los gemidos de los hijos de Israel, dijo Dios á Moisés, por la opresión que sufren de parte de los egipcios, y he tenido presente mi pacto con ellos. Por tanto, díles de mi parte: Yo soy el Señor que os sacaré de debajo del yugo, que os libraré de la esclavitud; y os rescataré, levantando mi brazo, descargando terribles golpes contra ellos» (2). Hé aquí por qué Jesús ha de pasar á Egipto. Este pueblo había sido terriblemente castigado; mas en pos de los castigos del Eterno vienen sus misericordias. Por esto preguntaba el Rey Profeta: «¿Es posible que Dios nos ha de abandonar para siempre, ó no ha de volver á sernos propicio, ó que, ha de privar eternamente de su misericordia á todas las generaciones venideras? ¿Ha de olvidarse Dios de usar de clemencia, ó detendrá con su ira el curso de sus misericordias? (3). Dios, pues, mandando su Hijo al Egipto, le da una señal de reconciliación y una prenda de amistad perpetua; y sana de esta suerte, con sola su presencia, todos los do-

(1) Cant., III, 5.

(2) Exod., VI, 5, 6.

(3) Ps. LXXVI, 8, 10.

lores y aficciones que le ocasionaron las diez plagas con que en otro tiempo castigó sus crímenes (1). Y notemos cuán grande es la misericordia que derrama el Señor por la venida de su Hijo al Egipto. Los que antes habían perseguido al pueblo escogido, son ahora custodios del Hijo de Dios (2). Mas esto, sin duda, motivo sería de muy grande aficción para el Niño y la Madre: tener que alejarse del suelo natal; irse á vivir á tierra extranjera, porque en la suya lo busca la muerte. Así es como el hombre paga el amor del Señor; y vedle por esto huyendo de los suyos, de aquellos que no le recibieron, y de quienes es la adopción de hijos de Dios, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas, cuyos padres son los patriarcas, y de quienes descien- de, según la carne, el mismo Jesús, el cual es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre. Amén (3). En cuanto á la Madre del Niño, ¿no pudiera decir, suspirando: Los hijos de mi madre se declararon contra mí? (4). Ella conoce la inocencia de Jesús, contempla su gracia y encantos, sabe cuánto es dable á una criatura, cuán grande es el amor que el Padre tiene al mundo al darle su propio Hijo; es, en fin, su Madre, y, sin embargo, lo lleva en brazos lejos de su patria. Ese Niño ha bajado de los cielos en busca de los hombres, sus hermanos, y viene para volverlos á su

(1) Albert. M., hic.

(2) Imperfec. Hom. II, in Matth.

(3) Rom., IX, 4, 5.

(4) Cant., I, 5.

Padre: ¿cómo es que la Madre de Jesús, Madre también y hermana de los hombres, sea quien lo esconda y parta con Él á retirada tierra? ¡Ah! Ella nos lo ha dicho: «Los hijos de mi madre se declararon en mi contra.»

Pero María nació para abrasar el mundo con las llamas de su amor; hácenla pasar los suyos las fronteras del país donde vió la luz primera, y llevará su amor á otras regiones. Entretanto, los gentiles le abren sus ciudades y le franquean hospitalario techo; María, reconocida, paga con amor aquel servicio, y derrama sobre esos pueblos, que se hallaban sentados á la sombra de la muerte, las riquezas de la gracia, y sus bondades. Recordemos, si no, lo que refiere un profeta: «Y me hizo volver hacia la puerta de la casa del Señor, y vi que brotaban aguas debajo del umbral de la casa, hacia el Oriente, pues la fachada de la casa miraba al Oriente, y las aguas descendían hacia el lado derecho del templo, al Mediodía del altar. Y me condujo fuera de la puerta septentrional, é hizome dar la vuelta por fuera hasta la puerta exterior que cae al Oriente; y vi las aguas salir á borbollones por el lado derecho. Aquel personaje, pues, dirigiéndose hacia el Oriente, y teniendo en su mano la cuerda de medir, midió mil codos desde el manantial, y en seguida me hizo vadear el arroyo, y me llegaba el agua á los tobillos. Midió en seguida otros mil codos, é hizome vadear el agua, que me llegaba á las rodillas; de nuevo midió otros mil, y allí hizome vadear el agua, la cual me llegaba hasta la cintura; y midió otros mil; era ya tal el arroyo, que no pude yo pasarle,

porque habían crecido las aguas de este arroyo profundo, de modo que no podía vadearse. Díjome entonces: «Hijo del hombre, bien lo has visto ya»; é hizome salir, y volvióme á la orilla del arroyo (1).

Ezequiel vió salir las aguas de la casa del Señor; y ¿no es acaso nuestra Niña la verdadera y santa Casa del Dios vivo, fabricada por la sabiduría divina? (2). Y ¿no es también verdad que de María nació la fuente de aguas que salta hasta la vida eterna? Pero veamos cómo el agua no es igual en su profundidad, pues aumenta mientras más se retira del santuario; ¿será que de rechazada los judíos la gracia del Señor, Su Majestad se volvió á nosotros, ofreciéndonos su amor (3), cumpliendo, al ser acogido de los gentiles, esta divina palabra: «Hé aquí que yo derramaré sobre ella, como un río de paz y como un torrente que todo lo inunda, la gloria de las naciones Y mi gloria será anunciada á las naciones (4). Y en medio de éstas haré ostentación de mi gloria (5).

La gracia, pues, tenía que derramarse copiosamente sobre los gentiles; y esto nos lo indica Ezequiel, saliendo por la puerta del frío Aquilón, para vadear las aguas que se le mostraban, las cuales cada vez eran más profundas (6). Y así, la caída de los judíos ha venido á ser una

(1) Ezeq., XLVII, 1, 6.

(2) Prov., IX, 1. D. Bern., Serm. LII, De divers.

(3) Actor., XIII, 46.

(4) Isa., LXVI, 12, 19.

(5) Ezeq., XXXIX, 21.

(6) Rup. In Ezeq., l. II, c. XXXIV.

ocasión de salud para los gentiles....., y la riqueza del mundo (1).

Sigamos con nuestros recuerdos.

Continúa Ezequiel: «Estas aguas, dijo el ángel, que corren hacia los montones de arena al Oriente, y descienden á la llanura del desierto, entrarán en el mar y saldrán; y las aguas del mar quedarán salutíferas. Y todo animal viviente de los que andan serpeando por donde pasa el arroyo, tendrá vida; y habrá allí gran cantidad de peces después que llegaren estas aguas; y todos aquellos á quienes tocare este arroyo, tendrán salud y vida. Y los pescadores se pararán junto á estas aguas: desde Engadi hasta Engallín se pondrán redes á enjugar: serán muchísimas las clases de peces y en grandísima abundancia, como los peces en el mar grande.»

El mar de Sodoma (2), las aguas que riegan el desierto, los innumerables y variados peces serpenteando llenos de vida en las aguas, los pescadores enjugando sus redes á orillas del mar; no ignoramos lo que todo esto nos indica; ese mar es el mundo de salobres y pesadas aguas: es el pueblo de los gentiles; son, en fin, los pecadores cuyas almas rebosan la amargura de la culpa (3). Mas el arroyo, el torrente, el río de la gracia del Señor, atravesará el salobre mar y endulzará sus aguas. Ved á nuestra Niña llevando por el desierto al que es la fuente de la vida y la gracia,

(1) Rom., XI, 11, 12.

(2) Calmét.

(3) Alápide, hic.

su Hijo Jesucristo, con quien entra en el Egipto. ¿No es, en efecto, María quien ha convertido el mundo á Dios, la que ha inspirado penitencia al pecador? (1). Hé aquí por qué los ministros del Señor, los pescadores de hombres, sintiéndose divinamente inspirados, páranse junto á esas aguas, y levantando sus ojos á la Purísima Madre de Jesús, la dicen, como Pedro á su Divino Maestro: «Echaremos en tu nombre nuestras redes» (2). Y las redes llénanse de peces. Es María, en efecto, quien sostiene y dirige á los que trabajan en su nombre y por su amor; quien les da palabras de virtud y gracia, les inspira justos y nobles pensamientos, y trae á sus pies multitud de obstinados pecadores. ¡Admirable poder de nuestra Niña! Mas ¿acaso no es Ella quien nos dice estas palabras: «Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños»? (3). Por esto, todo sacerdote debe amarla é implorar continuamente sus auxilios, si quiere llegar á la presencia del Señor, lleno de gozo porque ha recogido una abundante cosecha (4); si no, dirá lo que San Pedro dijo alguna vez: «Trabajamos toda la noche, llenos de fatiga, y nada hemos cogido.» Ciertamente, así sucede al sacerdote que se olvida de María; lo envuelven las tinieblas, lo rinde la fatiga, y al fin de la jornada halla su trabajo sin provecho. «Fuera de sus riberas, decía el Pro-

(1) Cyrill. Alex., Hom. cont. Nest.

(2) Luc., V, 5.

(3) Eccí., XXIV, 11. Barber., hic.

(4) Ps. CXXV, 6.

feta, no serán las aguas saludables; y sólo servirán para salinas.» ¡Qué triste situación! Sacerdotes del Señor, no la olvidemos; mas siempre tengámosla delante de nosotros. ¡Oh, cuánta dicha es para el alma pensar continuamente en Ella y amarla con ternura! María, entonces, hace brillar á nuestros ojos la hermosa y viva luz del cielo; nos deja descansar entre sus brazos, y bendice el trabajo de sus hijos, diciendo á cada uno: «Yo seré quien te guarde doquiera que fueres.... y no te dejaré de mi mano. El Dios de tu padre será tu auxiliador, y el Omnipotente te llenará de bendiciones de lo alto del cielo, de bendiciones de los manantiales de aguas abundantes de acá abajo, de bendiciones de fecundidad» (1). ¡Consuelo y amparo de los sacerdotes de Jesús, yo te saludo y pongo á tus pies todo mi amor! Tú eres mi Reina, Tú eres mi Madre, mi esperanza, mi auxilio, mi encanto: todo mi anhelo es amarte y que el mundo te sirva y alabe, y conozca y adore al Señor; por esto, en tu nombre arrojé mis redes al mar. Tú bendice mi humilde trabajo.

Parémonos un instante á contemplar otra vez ese caudaloso río que atraviesa todo el mundo, desde Engadi hasta Engallín, del uno al otro extremo del mar Muerto, según la expresión del Profeta. Oigamos lo que David decía al Señor: «En todas vuestras obras podemos reconocer vuestra grandeza: los ríos parece que levantan su voz para ensalzarla. Los mismos ríos, en el bullicioso movimiento de sus corrientes, publican á gritos

(1) Gen., XXVIII, 15; XLIX, 25.

vuestro gran poder. ¿Quién no se sorprende al ver el vario y ordenado movimiento de las olas en el mar? Unas veces tranquilo y en sosiego, otras hinchado y tempestuoso, ofrece el más bello espectáculo de la naturaleza» (1). María levanta sus ruegos al Señor, pidiendo misericordia para el mundo; y Dios la escuchará; ¿no es Él mismo quien le ha dicho: «Suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce? (2). Mas ¿cuándo han cesado los ruegos de María, ó á quién negó jamás la tierna Madre su piedad? Su misericordia se extiende por todos los siglos, y durará hasta la consumación del mundo, derramándose sobre todos los que á Ella recurran: se dilata también su piedad de un mar á otro, y desde el río hasta el extremo del orbe de la tierra, y se eleva su gloria hasta el cielo, reparando las ruinas de Sión; y en seguida desciende y penetra la tierra, y llega al lugar donde sufren las almas que suspiran por la vista dichosa de Dios (3)

A todos, pues, María nos concede su piedad; por esto, Ella dice de sí misma: «Me alcé como hermoso olivo en los campos» (4). Dios es la misma misericordia. Él es la oliva; mas después del Señor, es María la preciosa oliva de los campos, que lleva en el alma un tesoro de maternal dulzura para el hombre. Con sus palabras pide al Padre por nosotros, y con sus obras nos da el au-

(1) Ps. XCII, 4, 6. Paraf.

(2) Cant., II, 14.

(3) Richel., De Dignit. B. M. V., art. 15.

(4) Eccl., XXIV, 19.

xilio de su misericordia. Los ramos de la oliva son flexibles; fácilmente los doblamos; así también María, cuando es rogada, se inclina hacia el hombre para darle amparo; y en cuanto al divino fruto que nos da, es abundantísimo: cierto que no están escritas de él estas palabras: «Faltará el fruto de la oliva» (1); porque Jesús, el mismo que ayer es hoy, y lo será por los siglos de los siglos (2); y María, su Augusta Madre, nos dice: «Yo, á manera de fértil oliva, subsisto en la casa de Dios para siempre» (3). María se doblega y nos ampara cuando la invocamos. ¿Quién nunca le pidió socorro y fué visto con desprecio? En todos los siglos cristianos se ha retado al mundo para que muestre, si acaso lo hay, un infeliz á quien María rehusara dar consuelo. Y en silencio, el mundo rinde el más brillante y hermoso testimonio de la misericordia de María. Hé aquí lo que consuela y llena de esperanza el corazón, cuando hundidos nos hallamos en amarga pena: jamás son incurables los males que sufrimos, pues la misericordia de nuestra querida Madre puede socorrernos en todo tiempo y lugar. Está llena de gracia para derramarla sobre todos los mortales; en todos los peligros alcanza la salud, y por esto el Espíritu Divino dice que el cuello de María es airoso y recto como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses

(1) Hab., III, 17.

(2) Heb., XIII, 8.

(3) Ps. LI, 10. Benzón., l. I, in Magnif., c. 18.

todos de valientes (1). Asimismo, en las sendas del Señor, amorosa tiéndonos la mano, y exclama: «En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud» (2).

Todo esto alienta y llena nuestras almas de alegría; pero así cumple gloriosamente nuestra Niña con su oficio: Ella es Reina de misericordia; su Hijo Divino, con su sangre alcanzó para nosotros la clemencia, obtuvo de su Padre todo juicio, y tendrá misericordia de quien quiera: de las llagas del Señor brota la piedad para el hombre; y María es quien hace llegar hasta nosotros el perdón que Jesús nos ha obtenido; por esto el Rey Profeta exclama: «El Señor derramará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto. Hemos experimentado ¡oh Dios! tu misericordia en medio de tu templo» (3).

Es María Reina de misericordia; ¿quién como Ella fué preservada, entre prodigios mil de amor y de ternura, de la maldición común? ¡Y vivir siempre en la gracia y entre resplandores de hermosa y pura santidad que admiran los ángeles en éxtasis de inefable gozo, y en la más rendida y humilde adoración! ¡Y ser elegida por el Padre como su Hija predilecta, y tomar carne de su seno el Verbo del Señor, y cubrirla siempre con sus alas el Espíritu Divino! ¿Dónde hallaremos la razón primera de tan hermosos y sagrados privi-

(1) Cant., IV, 4.

(2) Eccí., XXIV, 25. D. Th., Op. VIII, In salut. angel.

(3) Ps. LXXXIV, 13; XLVII, 10.